

Del Ápeiron a la alegría

(La subjetividad en Deleuze)

MICHELE BOTTO

UAM Ediciones, Madrid, 2014
Pags: 286



Se trata de una versión ampliada y corregida de la tesis doctoral del joven profesor Michele Botto en la que hace un estudio muy exhaustivo y profundo sobre la noción de sujeto en Deleuze: ¿qué decimos cuando decimos yo? El libro se articula en 10 capítulos y un epílogo titulado “Consideraciones tempestivas” en la que se extraen las conclusiones. Además se intercala un pequeño relato literario en tres partes: al inicio, a la mitad y al final (Pro-logos, Infra-logos y Post-logos) En él se describe a un personaje llamado Ismael, que experimenta, tras su monótona vida de administrativo en Madrid, un cambio y decide darle un vuelco a su vida condicionada por el devenir de los sucesos. Con el relato se ejemplifican las ideas de Deleuze sobre el sujeto humano que Michele Botto desgana en su tesis. Se trata de un libro original, interesante e imprescindible para el que quiere profundizar en pensamiento de Gilles Deleuze.

La idea central es que no se puede hablar de un sujeto humano entendido como una entidad estática, “pétreo” carente de vida y de evolución. Las circunstancias van

modificando al sujeto y generan un proceso evolutivo según el cual el sujeto humano se hace individuo, siguiendo la terminología del autor. Uno de los objetivos de este estudio es mostrar cómo el individuo hombre no nace sino que se hace. El relato trata de defender la tesis de que no somos lo que nos gustaría ser (aunque nadie sabe en el fondo lo que le gustaría ser) que tampoco somos un yo, sino un conjunto de devenires que confluyen en algo que tratamos de identificar como yo. Pero en ningún momento está claro qué es el yo, o incluso que haya un yo distinto al devenir y al ambiente en que mi singularidad se mueve. La filosofía de Deleuze interpretada por Botto se mueve dentro en un empirismo radical, ya que hasta lo a priori de la mente es fruto de la experiencia.

Por otra parte, aunque esta tesis radica en centrarse en un aspecto concreto: la concepción del sujeto humano, no por ello deja de abordar otras cuestiones. Para ello es imprescindible entender como el autor francés creador de la “filosofía de la diferencia” va extrayendo conceptos e ideas para componer sus tesis. Se parte de Hume con su crítica a la idea del alma o yo como sujeto, que pasa a ser un haz de percepciones unidas por la memoria. Estamos acostumbrados a entender al sujeto como una especie de armadura o esqueleto que sostiene la vida, y el autor pone de manifiesto como Deleuze nos hace entender que la identidad es un efecto y no una causa de la vida, que no hay esa estructura racional sino un caos, un delirio, una locura. El yo humano es algo mucho más complejo que sustancia pensante, alma, animal racional, etc. Es precisamente la vida y la sociedad las que van estructurando y creando algo que nunca ha existido ni existirá del todo: la persona. La tesis de Deleuze es que el individuo surge como intento de ordenar las experiencias. La racionalidad se esfuma: solo hay experiencias y pasiones. La sociedad intentará imponer (imponernos) un orden y sentido. Aparece también en la filosofía de Deleuze Gilbert Simondon, sobre quien versará su tesis. De él toma la distinción entre sujeto e individuo y recupera la noción del “Ápeiron” de Anaximando que aparece en el título de este libro. Lo indeterminado va pasando de una fase a otra por un proceso de transducción en la que aparecen elementos ausentes y no previsibles. En el mismo capítulo se abordan también las aportaciones de Von Uexküll y Lorenz en el terreno de la biología también sobre el tema del proceso de individuación.

La subjetividad en Deleuze es una subjetividad “elástica” relativa al propio espacio-tiempo, potencialmente abierta. En el capítulo tercero, recoge la expresión de Shakespeare: “El tiempo ha salido de sus goznes” le sirve para abordar como la noción de tiempo en los estoicos, Kant, Hume, Bergson y Nietzsche le ha servido a Deleuze para explicar el proceso de individuación del sujeto. Desde la distinción entre “aión” y “kronos” nos enfrentamos al devenir y al fluir que hacen que el tiempo no sea un marco exterior al proceso sino parte del mismo. Elemento im-

prescindible en la formación del individuo humano. Se remarca la irracionalidad de que hace gala Deleuze y el poder de la sociedad en la formación de cualquier individuo: el “socius”

Para acabar de entender estos planteamientos se incorpora la idea de que en nuestra indeterminación inicial no somos uno sino una multiplicidad pre-individual. En ese sentido el sujeto es potencial: “potencia y proporción” en expresión de Deleuze. Para el autor las consideraciones de Riemann relativas al espacio reflejan esta actitud parecida a Deleuze: otra perspectiva es posible para entender al hombre y su vida. El sujeto no es identidad sino multiplicidad, multidimensionalidad.

A partir del capítulo cinco entra en el libro Guattari, autor sin el cuál es imposible explicar a Deleuze. El inconsciente va a formar parte ineludible en la filosofía de Deleuze, el “cuerpo sin órganos” como le denominan estos dos autores. Aparecen también en este capítulo las nociones de “socius”(entorno social), “rizoma”(desarrollo de la personalidad del individuo) para explicar el proceso de formación de la persona humana. Hay que añadir otro concepto fundamental: “lo virtual”. Partiendo del personaje de Stevenson “Doctor Jekyll y Mr. Hyde, como ámbito de lo pluripotencial del sujeto llega hasta la idea de lo virtual. Lo virtual como algo real y potencial y no como irreal -capítulo 6- que potencia las posibilidades -multiplicidades- en que el yo humano se desarrolla y se hace algo. Esta es la tesis más atrevida del Deleuze -leído por Botto-: nuestra esquizofrenia constitutiva, la disolución del individuo en la perspectiva, la transición del psicoanálisis en esquizoanálisis y una propuesta lanzada a la psicología del futuro.

En esa línea, un estudio sobre lo irracional en Spinoza conduce el paso a la ética, pero una ética dependiente de la ontología. Deleuze la asume entendiéndola como la potencialidad del ser: lo que soy es un proyecto, una potencialidad, la ética también será un proyecto; pero de la ontología se pasa a la etología. La ética tal y como la entiende Deleuze partiendo de Spinoza es la ciencia del comportamiento humano en desarrollo y evolución constantes; por tanto, no hay una base sobre la que establecer lo que está bien y lo que está mal. El bien y el mal se escapan en Spinoza, se diluyen como en Deleuze en el proyecto, sujeto humano en devenir. Y en esto hay una conexión con la transmutación de valores de la moral de los señores de Nietzsche. Deleuze interpreta a Nietzsche entendiéndola ética como la ética de la apuesta en sentido lúdico, en el que el azar juega un papel importante. Le confiere a la vida humana el sentido de la aventura y de abertura a lo que está por venir. En otras palabras, se trata de la afirmación del caos. El que vuelve a apostar vuelve a lanzar los dados hacia el cielo, vuelve a poner su destino en duda y, lo que es lo mismo, vuelve a abrir su destino a infinitas potencialidades. Es el proceso el eterno retorno nietzscheano, que Deleuze interpreta como el reaparecer infinito del

azar cuando todo parece suspenderse en equilibrio, es este el eterno retorno de la diferencia. Y en este punto el autor nos sorprende con una afirmación inesperada. “Cada vez que nos desequilibramos hacia lo iniciático personal nos topamos con la exposición al ridículo, de un lado, y con el riesgo al fracaso, del otro. Sin embargo, feliz es el momento de quien desafía los lugares comunes y se arriesga. Feliz, aunque conduzca a la derrota, será aquel que sabe leer la alegría del cambio”.

Falta ahora una de las piezas más importante del proyecto de Deleuze: “deshacerse del organismo” -capítulo 8-: “el CsO” (cuerpo sin órganos). M. Botto analiza la poesía de Artaud (inspirador de Deleuze) y el fenómeno de Mayo del 68. Ambos le sirven a Deleuze para explicar la suprema ruptura: “eliminar los órganos del cuerpo.” Bajo esta expresión se describe, a través de un trabajo de destratificación de la personalidad del individuo, la supresión de las enseñanzas recibidas y se pone en entredicho todo lo que nos han enseñado como bueno o malo.

El joven profesor Michele Botto, afirma que según Deleuze, nacemos con algunas predisposiciones genéticas, pero libres; sin embargo el “socius” (estado-familia-entorno) nos obliga a asumir una determinada vida. Nos convertimos en miembros educados de una sociedad determinada. Esto es lo que significa tener un cuerpo con órganos: esos órganos, nuestra estructura mental, vienen de los demás, somos desde el principio lo que otros quisieron. Deleuze y Guattari proponen una liberación que consiste en la desorganización de la organicidad de nuestra vida. El CsO es la situación de pura subjetividad pre-individual que nunca realmente se podrá alcanzar. Es el campo de intensidad puro que intentamos describir acerca del deseo y del subconsciente entendido como fábrica deseante. Si el psicoanálisis de Freud intentó encontrar el verdadero yo, el de Deleuze y Guattari quieren decostruir el yo, abriéndolo en “rizomas” de nuevas experiencias. “Decostruir” no significa destruirse sino todo lo contrario, liberarse de lo impuesto para alcanzar la autenticidad.

Afronta al final la difícil tarea de explicar el significado del devenir, entendido como transducción: el abandono de lo que nos impide asumir nuevas configuraciones del yo. En este sentido, por ejemplo, la palabra “anómalo” carece de sentido porque el sujeto evoluciona, cambia, se conduce a nuevos estados y vivencias. Hay que “salirse” del sedentarismo al que nos ha condenado la civilización y cultura actuales. Por otra parte cuando analiza la situación del hombre contemporáneo que vive en unos estados dominados por el capitalismo y la sociedad del bienestar, Deleuze piensa que hay que romper con eso y evitar el falso nomadismo de vivir instalados en la satisfacción de necesidades artificiales. Hay que resistir frente a este falso nomadismo. El concepto de “nómada” en Deleuze está en consonancia con toda su filosofía: el nómada es el que se adapta a la diferencia. Al no tener un sistema fijo

y preconcebido, es el modo de entender la vida que propone Deleuze. Aquí Botto tiene la valentía de saltar al vacío y hacer que su obra no solo sea hermenéutica, sino una propuesta filosófica original. A partir de Deleuze, pero más allá de lo que dice el autor francés, Botto opina que no hay valores terminados, sino valores haciéndose. Los principios de ese “nomadismo” son: el nomadismo busca una liberación, para ello hay que partir ligeros de equipaje, no se puede mirar atrás (anclarse en el pasado), el sujeto además no vive aislado sino con otros y hay que compartir, somos sociales. Y, por último: no hay dirección pre-establecida.

Ante este panorama caótico, problemático del yo humano, solo cabe una solución “amarse”, ir en la dirección que más alegría nos proporcione. Hacer el “cuerpo sin órganos” es deslizarse hacia la belleza y el amor. Acrecentar nuestra personalidad es dejarse llevar de nuestras pasiones felices. El devenir deleuzeano no es un devenir ciego sino que desde el punto de vista ético está sometido a la creatividad y a la energía. La actividad que propone Deleuze no es algo sin freno (fren-ético) sino todo lo contrario es la ética del placer. Desde Epicuro, Spinoza, y Nietzsche hasta Deleuze hay un línea que enaltece la vida, la alegría, lo bello y placentero. El individuo humano se hace “disfrutando” de su vida y no yendo en contra de ella.

Se trata por tanto, de una obra de profunda calidad científica, bien estructurada y casi imprescindible para comprender al filósofo francés. Es un intento de describir rizomaticamente esta experiencia única que llamamos vida. El libro es hijo de una tesis doctoral, pero pretende saltar fuera del género, pretende vivir. Habría que añadir que la bibliografía de que consta la obra es una de las más completas sobre el autor francés.

MANUEL SANLES

